

La peste de las uvas

Diana Jocelyn Hernández Calzada

Un líquido rojo como el vino se desliza de mi pecho hasta mis piernas, dejo escapar un desesperado llamado de ayuda. Esto duele como el puto infierno. Gotas de mar corren por mis mejillas y suplican en silencio que este dolor termine.

Me encuentro frente de un espejo observando mi terrible cuerpo, bolas de uvas color morado se encuentran en mi deplorable piel. Lo que más llama mi atención y aterriza a la vez es que justo al centro de mi pecho tengo dos orificios que sobresalen con un ramo de uvas. Cada vez que me veo me pierdo, mi mente es un huracán que se intensifica.

Ya había ocurrido esto; las ampollas son tan viejas como la historia. Su transmisión viajó a través de amplias velas entre ratas, pulgas infectadas y mercancías.

En un momento de arranque y desesperación, salí corriendo de mi casa para pedir ayuda. Lo que me dejó congelada es que no estoy en mi casa, estoy en un pueblo que desconozco con gente con las mismas uvas. Cuerpos apilados en cada esquina sangrando de su pecho piden auxilio en un desesperado llanto. Escenas desagradables que mis ventanas han visto. Reviso mi cuerpo y estoy sangrando, cada vez el dolor se profundiza. Quiero regresar a casa pero no sé cómo. La puerta que estaba detrás de mí desapareció. Me quedé atrapada en este inmundo lugar, sin alivio.

Una idea fugaz viaja por mi mente para quitar para siempre este sufrimiento. Cojo el ramo de uvas que tengo en los dos orificios de mi pecho, los arranco con fuerza dejando un lago de sangre y mi garganta se desgarró. «¿Lyna, estás bien?», pregunta mi madre, preocupada.